

EL BARCO



DE VAPOR

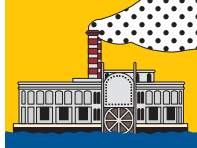
Heriberto Tejo

La niña de los pantanos de Villa

Ilustraciones de Elsa Herrera-Quiñónez



EL BARCO




DE VAPOR

La niña de los pantanos de Villa

Heriberto Tejo

Ilustraciones de Elsa Herrera-Quiñónez





Primera edición: octubre de 2011

Ilustración: Elsa Herrera-Quiñónez

Retoque digital: José Quijaite

Diagramación: Rocel Rodríguez

Edición: Alessandra Canessa

Coordinación editorial: May Rivas

© del texto: Heriberto Tejo Gómez, 2011

© de esta edición: Ediciones SM SAC

Micaela Bastidas 125, San Isidro, Lima, Perú

Teléfono: 614-8900

www.sm.com.pe

contacto@sm.com.pe

Impreso en el Perú / *Printed in Peru*

Impreso por Metrocolor S.A.

Los Gorriones 350-360, La Campiña, Chorrillos, Lima

www.metrocolor.com

Tiraje: 2 000 ejemplares

ISBN: 978-612-4090-42-4

Registro de Proyecto Editorial: 31501311101388


Hecho el Depósito Legal

en la Biblioteca Nacional del Perú, No. 2011-12547

Todos los derechos reservados. Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin el permiso previo y por escrito de los titulares de los derechos de propiedad intelectual.

*Para Erika,
y todas las niñas que aman la naturaleza
y sueñan con un mundo mejor.*






*No puedo imaginar
un mundo sin agua.*

*No puedo imaginar
un mundo sin pájaros.*

*No puedo imaginar
un mundo sin amigos.*

Marina

Marina y su mundo

A black spider is positioned in the upper right corner of the page. In the background, several light blue birds are flying across a pale, hazy sky. The overall scene is a soft-focus illustration of a natural outdoor setting.

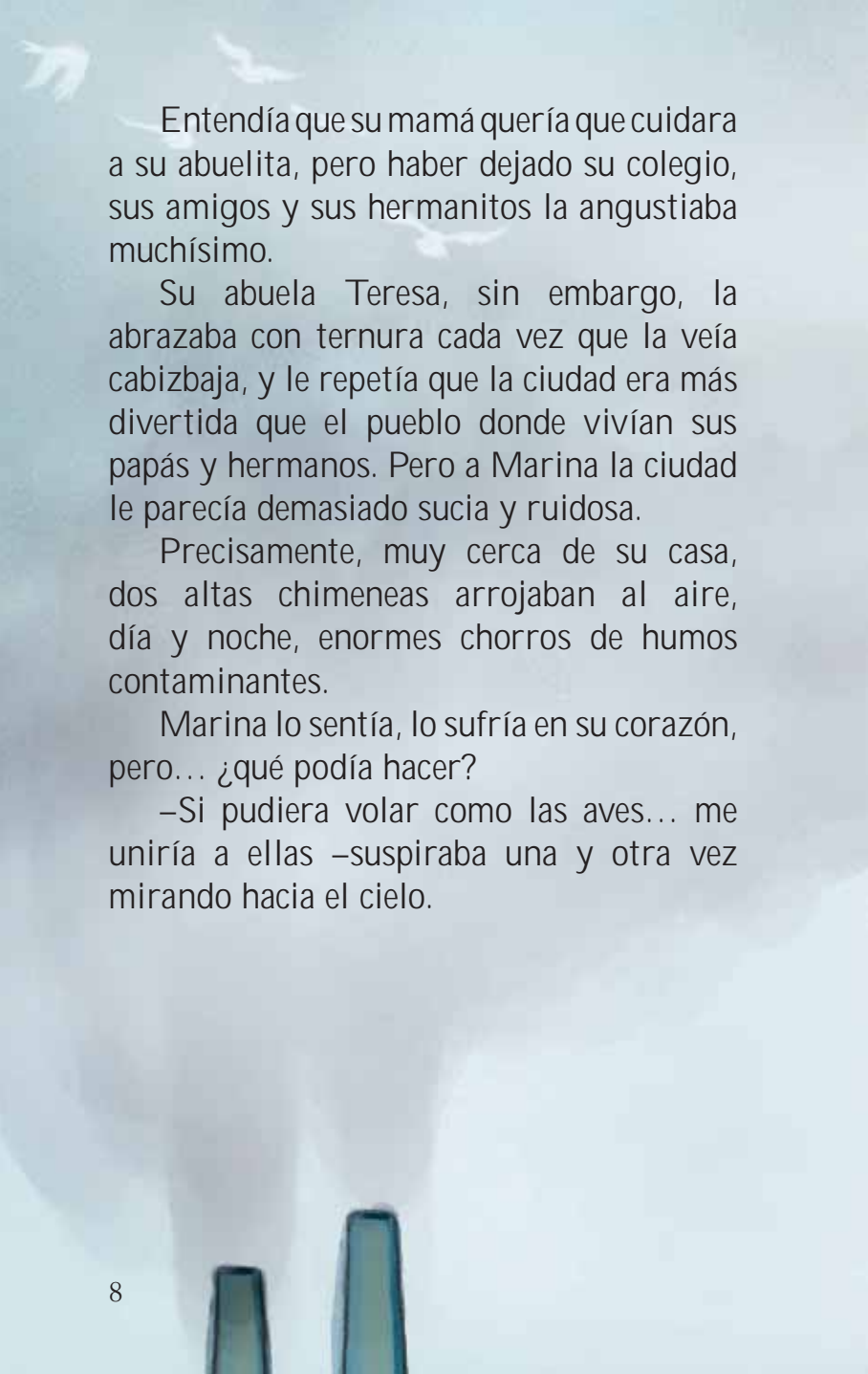
Marina era una niña delgada y tímida, un poco callada, un poco triste, pero tenía una forma especial de ver las cosas y un secreto muy bien guardado en sus bolsillos.

Le gustaba jugar con las arañas que atrapaba en los muros, mirar por las ventanas..., pero sobre todo le gustaba cruzar la ancha pista, por el puente que se hallaba cerca de su casa, y pasear en las tardes por los pantanos frente al mar.

Marina vivía con su abuela. Había llegado a la ciudad hacía poco tiempo y casi no conocía a nadie.

Su mamá la había traído para acompañar a su abuelita Teresa, pues empezaba a quejarse de que le dolían los huesos y estaba quedándose sorda.

—¿Cómo estarán mi mamá y mis hermanitos? —se preguntaba a menudo Marina con cierta tristeza.



Entendía que su mamá quería que cuidara a su abuelita, pero haber dejado su colegio, sus amigos y sus hermanitos la angustiaba muchísimo.

Su abuela Teresa, sin embargo, la abrazaba con ternura cada vez que la veía cabizbaja, y le repetía que la ciudad era más divertida que el pueblo donde vivían sus papás y hermanos. Pero a Marina la ciudad le parecía demasiado sucia y ruidosa.

Precisamente, muy cerca de su casa, dos altas chimeneas arrojaban al aire, día y noche, enormes chorros de humos contaminantes.

Marina lo sentía, lo sufría en su corazón, pero... ¿qué podía hacer?

–Si pudiera volar como las aves... me uniría a ellas –suspiraba una y otra vez mirando hacia el cielo.

Es así como muchas tardes, al regresar del colegio, Marina saludaba a su abuela, dejaba la mochila en su cuarto y salía disparada de la casa. Cruzaba la ancha pista por el puente y, como si fuera un ave migratoria, volaba a su tranquilo refugio lleno de palmeras y grandes espejos de agua.

Le encantaba corretear por los senderos de grama seca, disfrutar el olor de la arena húmeda, el vuelo repentino de una garza, el zumbido monótono de un abejorro..., pero más que nada le gustaba contemplar su cuerpo reflejado en los espejos mágicos. Durante varios minutos Marina permanecía así, con los ojos fijos, sentada en la orilla.

En la superficie del agua, veía no solo las nubes borrosas desplazándose tranquilas. Veía otras cosas.

Era una sensación que no podía resistir.

Luego se sacaba las zapatillas y lentamente introducía sus pies desnudos en el agua. Un hormigueo entonces le corría por las piernas. Su cuerpo temblaba.

¡Delicioso! ¡Maravilloso!

Esa sensación extraña le recordaba aquellas deliciosas tardes, allá en su pueblo, junto a sus amigos Asun y Andrés, cuando iban al río y disfrutaban atrapando peces y renacuajos.

Esos días, todavía cercanos para ella, los tenía muy dentro del corazón. Eran momentos felices.

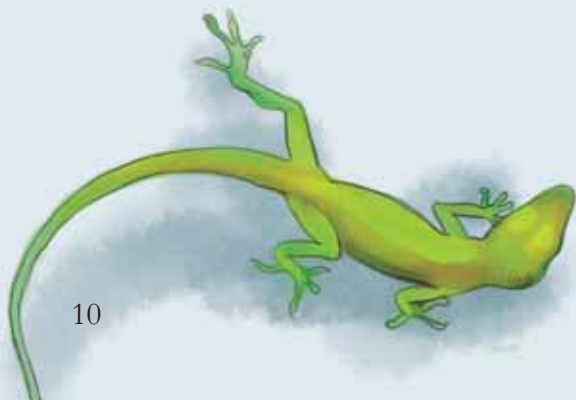
Pero ahora Marina estaba sola.

Sola con su abuela. Sola.

Lejos de su pueblo. Lejos de su mundo. Lejos.

Solo la magia de los pantanos de Villa llenaba ese vacío inexplicable que sentía dentro.

*Marina soñaba despierta,
soñaba con un mundo nuevo.
Un mundo lleno de paz,
un mundo de caramelo.*





Color de lagartija

Una tarde, cuando paseaba distraída por los tranquilos pantanos, descubriendo sus secretos, Marina vio de repente algo que la hizo retroceder. No era una serpiente. Tampoco un fantasma o un perro rabioso.

Era un niño. Moreno, alto, delgado. De cara pícara. Un niño de su edad.


En la mano llevaba una bolsa negra de plástico.

–¿Qué llevas ahí? –le preguntó de improviso Marina sin inmutarse.

–Lagartijas –respondió el niño deteniéndose mientras observaba sus grandes ojos verdes.

–¿Lagartijas? ¿Las puedo ver? –preguntó ella curiosa.

El niño la miró con algo de desconfianza, pero luego abrió un poco la bolsa y se las mostró.



–¡Hay dos! –dijo sorprendida.

–Sí, por ahora tengo dos. Pero pronto
tendré más –rió él.

–¿Dónde las cazaste? –preguntó intrigada.

–Aquí, entre las piedras del pantano.

Marina miró al niño, de arriba abajo. No
podía creer lo que él le decía.

–Llevo muchas tardes viniendo, y jamás
he visto una lagartija –comentó ella.

El niño sonrió orgulloso, metió la mano
en la bolsa negra y sacó una enorme lagartija
entre sus dedos.



Marina, al ver la verdosa lagartija con sus ojos saltones, retrocedió.

–¿No muerde? –se interesó.

–Hay que saber atraparlas –sonrió el niño pícaramente mientras apretaba a la lagartija y esta abría su gran boca.

–¿ Muerde? –preguntó Marina.

–Así, como la tengo, es imposible que muerda –explicó el niño mientras movía la mano con la lagartija a un lado y al otro.

Marina lo miraba absorta, atraída por su habilidad y valentía.





–¿Y para qué quieres las lagartijas? –preguntó al fin.

Él hizo un gesto con las manos y sonrió abiertamente mostrando sus dientes torcidos.

–Para qué va a ser, tonta –murmuró–, para comerlas.

–¡Ajjj! ¡Qué asco! –gritó ella–. ¿Tú las comes?

–Pasu, son sabrosísimas. Tendrías que probarlas –dijo el niño acercándole la lagartija a la cara.

–No, eso nunca –replicó Marina llena de furia. Y comenzó a caminar entre la hierba agitando los brazos.

El niño rápidamente la detuvo haciendo fuerza con la mano.

–¿Cómo te llamas? –le soltó sin dejar de mirar sus grandes ojos verdes.

–Me llamo Marina –le respondió–, ¿y tú?

–Yo me llamo Víctor. Vivo detrás de esas casas –dijo suavemente señalando unas casitas de esteras.

–Pues yo vivo cruzando la pista –señaló Marina con la cabeza en dirección contraria.

Víctor disfrutaba contemplando, en silencio, cómo Marina se arreglaba el cabello con los dedos. Su delicadeza lo fascinaba.

Luego, sin dejar de mirarla, le preguntó:

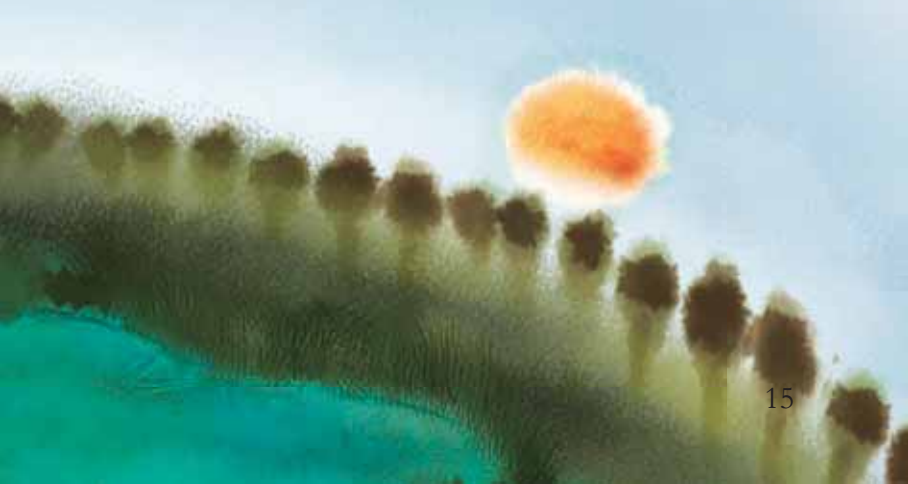
–¿Vienes aquí todas las tardes?

–Siempre que puedo –le respondió–. Tengo que acompañar a mi abuela, pero siempre que puedo vengo un rato. Me gusta este lugar.

Víctor miró alrededor.

–¿Quieres uno? –dijo de pronto el niño, sacando del bolsillo un cigarrillo medio partido.

–No, gracias –le respondió Marina–. Yo no fumo.



–Yo tampoco –murmuró– pero este se lo quité a mi abuelo para que no fume.

Marina lo observaba curiosa mientras prendía el ajado cigarrillo.

De pronto hizo un gesto con la mano y empezó a caminar algo nerviosa.

–Tengo que irme, Víctor –susurró–. Mi abuela me está esperando.

–¿Tan pronto? –inquirió él arrojando el cigarrillo.

–Sí, ya es muy tarde –le aclaró sin detenerse–. Hasta otro día.

–Hasta otro día –murmuró Víctor capturando la luz de sus bellos ojos color de lagartija.

Unos minutos después, Marina había cruzado el puente, y presurosa había llegado a casa.



Como siempre, su abuelita Teresa la estaba esperando en la cocina sentada en una silla de paja.

–Es tarde, mi niña –le dijo apenas la sintió llegar–. ¿Tienes tareas?

Marina negó con la cabeza. No quería hablar. En realidad muy pocas veces lo hacía. Prefería comunicarse con su abuela con gestos y ademanes.

Marina se lavó las manos, tomó una manzana y se acomodó mansamente en el regazo de su abuela Teresa. En ese instante, su mano tibia era una ola dulce en la arena de su pelo, sus uñas duras rascando su cabeza, un arroyo torrentoso acariciando la tierra... ras, ras...

En esos momentos, bajo la tibia luz de la lámpara, la noche era para ellas una noche sosegada.

Una noche mágica.





El abuelo Nico

La casa de la abuela Teresa era sencilla. Tenía solamente una cocina y dos pequeñas habitaciones: la de ella y donde dormía Marina, que había sido de su mamá. Todavía estaban allí, adormecidos, su osito de peluche y su muñeca.

A la abuela le gustaba tener las ventanas cerradas, pero Marina prefería tener la ventana de su cuarto completamente abierta. Que el aire entrara fresco y libre.

Desde allí, le gustaba contemplar los penachos de las altas palmeras que asomaban distantes y las bandadas de las miles de aves que subían y bajaban en el cielo. Era algo que hacía todos los días antes de desayunar.

La salida del colegio, por lo tanto, era como un boleto ganado para ingresar a ese mundo fascinante, a ese mundo de ensueño.

